

Orieta Caponi de Hernández

DICTADURA DEL PROLETARIADO Y LA ABOLICION DEL ESTADO EN LA TEORIA POLITICA DE ANTONIO GRAMSCI

Summary: *This paper discusses Gramsci's notions of hegemony, the gradual establishment of the proletarian leadership on civil society, and the Party as a collective proletarian intellectual. These notions are considered in their relations with: the takeover of political power by the working class, the establishment and duration of the proletariat's dictatorship, and the abolition of the State.*

The analysis attempts, rather than to present solutions, to precise the problem's conceptual richness in Gramsci.

Resumen: *En este artículo se discuten las concepciones gramscianas de hegemonía, de la afirmación gradual del liderazgo proletario en la sociedad civil, y del partido como intelectual colectivo del proletariado y de la abolición del Estado.*

El análisis busca, más que mostrar soluciones, precisar la riqueza conceptual de la problemática en Gramsci.

Introducción

El trabajo de A. Gramsci es hoy de gran importancia e interés sea desde un punto de vista marxista como no marxista. Desde una perspectiva marxista los escritos de Gramsci son, antes que nada, un reto para aquellos que niegan la necesidad de la presencia de teóricos en un movimiento obrero que tienen como meta final la auto-emancipación del proletariado. Gramsci a través de toda su obra subraya la necesidad de la relación dialéctica entre la espontaneidad de las masas y la dirección consciente. Desde sus escritos de juventud hasta sus reflexiones de madurez en los *Cuadernos de la cárcel*, la preocupación central de Gramsci es la elaboración de una teoría que reconozca la tarea indispensable de los intelectuales en la causa de la re-

volución proletaria, y que al mismo tiempo evite el peligro de una sociedad post-revolucionaria dominada por una "nueva clase" de intelectuales. Además, la teoría gramsciana de la hegemonía es esencial para todo proyecto de análisis político marxista. Esta teoría explica cómo una clase particular mantiene su posición dominante no sólo a través del poder económico o material sino también a través del soporte de los gobernados que aceptan los valores sociales, culturales y morales de dicha clase. El análisis de esta dimensión "ideológica" es un área que los estudios marxistas comparativamente han descuidado hasta tiempos recientes y su desarrollo parece imperativo hoy en día ya que la sobrevivencia del capitalismo, especialmente en los países más avanzados industrialmente, ha impuesto al marxismo la necesidad de explicar los mecanismos y las razones de dicha sobrevivencia.

Aún más, la realidad de la dictadura burocrática del régimen soviético ha forzado a muchos marxistas a tratar de encontrar una alternativa más humana y democrática. El régimen soviético ha reproducido a otro nivel la división entre gobernantes y gobernados mediante un partido leninista fuertemente centralizado. La búsqueda de dicha alternativa no puede ignorar los trabajos de Gramsci, sobre todo por lo que se refiere a la función del partido como "intelectual colectivo" de la clase trabajadora y la relación democrática entre partido y masas condición fundamental del estado socialista.

Desde una perspectiva no marxista, la teoría de Gramsci es además útil e interesante para aquellos que tratan de encontrar una alternativa más humana a la sociedad contemporánea. La teoría gramsciana ofrece respuestas a una serie de problemas fundamentales del análisis político-social. Entre ellos, por ejemplo, el de la importancia de la hege-

monía ideológica y cultural como explicación de la consolidación del poder político y de las estrechas interrelaciones existentes en el capitalismo avanzado entre sociedad civil y gobierno.

En el presente trabajo los temas gramscianos de la hegemonía, de la gradual afirmación del liderazgo proletario en la sociedad civil, del partido como intelectual colectivo del proletariado son vistas de manera general principalmente en función de la toma de poder por parte de la clase obrera, del subsecuente establecimiento de la dictadura del proletariado y de la meta final de la abolición del estado. Nuestro propósito es la consideración de problemas esenciales de la teoría gramsciana como el de la duración de la dictadura del proletariado y el de la posibilidad de que el partido y el estado, medios para una futura liberación, se transformen en el proceso de transición en fines y perpetúen así su intervención autoritaria en la sociedad.

Las que presentamos son una serie de consideraciones y críticas a las cuales no tenemos todavía una respuesta definitiva. Esperamos a través de su presentación y posterior discusión encontrar soluciones sobre todo en relación con el problema fundamental de si los líderes conscientes de la revolución proletaria podrán a largo plazo integrarse en el movimiento popular o si se transformarán necesariamente en la "nueva clase" de la sociedad sin clases.

La dictadura del proletariado y la abolición del Estado en la teoría política de Antonio Gramsci

Según Gramsci, una revolución no puede realizarse a menos que no esté basada en el consenso popular creado a través de una lucha ideológica. Esta lucha ideológica implica la afirmación de una voluntad colectiva alrededor de un nuevo proyecto histórico. El partido revolucionario, según Gramsci, puede tener éxito sólo si tiene la capacidad de asegurarse el consenso popular. El prerrequisito de toda revolución es la lucha hegemónica a través de la cual la clase trabajadora logra sobrepasar las puras demandas y aspiraciones económicas y prefijarse como meta la creación de un nuevo bloque histórico. Esta lucha por la hegemonía que, según Gramsci, toma la forma de "guerra de posición" debe llevar a la creación de un nuevo estado. Pero es imprescindible al mismo tiempo no olvidar que la meta última de la revolución proletaria es en realidad la

superación de la división entre gobernantes y gobernados, o sea la abolición del estado.

La tarea real de la clase trabajadora es sólo en parte la construcción de un nuevo estado. Este es sólo el medio para la expansión final del área de la hegemonía de manera tal que ésta se imponga universalmente y elimine la necesidad del área de coerción. La visión gramsciana del estado como "sociedad política + sociedad civil", o sea como hegemonía defendida a través del aparato coercitivo (1), es fundamental para una doctrina que conciba al estado como capaz de desaparecer:

Es posible imaginar que el elemento Estado-coerción pueda irse extinguiendo a medida que se afirmen elementos siempre más conspicuos de sociedad regulada (o Estado ético o sociedad civil) (2).

Gramsci nunca pone en duda que la creación de la nueva "sociedad regulada" implica un proceso largo y difícil cuyo desarrollo comprende diferentes etapas intermedias. Es nuestra intención en el presente trabajo desarrollar la teoría gramsciana en relación con estas etapas de transición. Analizaremos las opiniones gramscianas acerca del uso de la fuerza y la violencia, sus concepciones acerca de la dictadura del proletariado y del proceso a través del cual este nuevo estado es llevado hacia su propia auto-eliminación. Examinaremos además las diferentes interrogantes y críticas que esta parte tan controversial y problemática del pensamiento gramsciano hace surgir sobre todo en lo concerniente a la posibilidad de que el socialismo pueda ser democrático.

1. Revolución como "guerra de posición"

Según Gramsci, la difusión de la hegemonía del proletariado en la sociedad civil es condición previa e indispensable para la toma del poder estatal y no debe ser confundida con la conquista del poder *per se*. Lenin, teniendo como marco de referencia a la sociedad rusa dominada por el despotismo de los Zares hasta el punto que todos los aspectos de la sociedad civil estaban completamente subordinados al estado, consideró que la violencia organizada era el único medio apto para destruir el orden existente y establecer el comunismo. Gramsci, por otra parte, observando las condiciones específicas de los países occidentales, en los cuales la sociedad civil es para el estado una plataforma distinta aunque relacionada de poder,

elabora, a través de su teoría de la hegemonía, una estrategia revolucionaria diferente de la leninista y más apta a las condiciones de los países capitalistas de occidente. Esto no implica que la teoría gramsciana de la hegemonía, de la afirmación gradual del liderazgo proletario en la sociedad civil, deba ser considerada como punto de apoyo para una revolución de tipo únicamente ideológico y cultural. Gramsci insiste siempre que una clase no deviene dominante sólo por la difusión de su visión del mundo, y, por otra parte, la hegemonía que una clase subordinada puede establecer antes de la toma del poder estatal es necesariamente limitada. Para Gramsci la lucha por la hegemonía ideológica y cultural no es nunca elemento suficiente para una revolución; insiste siempre en que es necesario además que el proletariado se apodere del aparato estatal. La lucha por la hegemonía tiene como fin la transformación total de la sociedad más allá del capitalismo. Por lo tanto, Gramsci no es un simple reformista si ésto significa estar satisfecho con la realización de cambios graduales dentro de la estructura político-económica existente. No obstante, es fácil comprender por qué Gramsci puede ser visto como reformista. En efecto Gramsci está incuestionablemente a favor de la revolución sólo si se le da a este término el significado de cambio sistemático o de transformación total. Pero si se considera que el término revolución deba necesariamente implicar la toma violenta del poder estatal la posición de Gramsci es ambigua.

Gramsci no habla nunca específicamente de cómo el proletariado debería tomar el poder. No presenta una descripción exhaustiva del momento de la revolución. Debería estar claro, a la luz de la totalidad de su obra, que, para Gramsci, sólo las circunstancias específicas de un determinado momento histórico pueden permitirnos establecer si la revolución es apropiada y justificada y cuál es la forma que debe tomar dicha revolución. Si Gramsci hubiera fijado principios generales universalmente válidos para la conquista del poder, hubiera entrado en contradicción con las bases de su teoría política y con sus ideas acerca de la organización y de la actitud del partido revolucionario.

Gramsci se refiere metafóricamente a la guerra para la conquista de la hegemonía como "guerra de posición" o sea una especie de guerra de trincheras en contraste con la "guerra de movimiento" o ataque frontal. Gramsci considera que la estrate-

gia de ataque frontal fue el medio más apropiado para la Revolución Rusa de 1917 porque "el Estado lo era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa" (3). Pero debido a que en los países occidentales el aparato del estado depende de la hegemonía que la clase dominante haya logrado establecer en la sociedad civil, es necesario una nueva estrategia para que el proletariado establezca su hegemonía sobre una base amplia antes de la toma efectiva del poder.

Para entender mejor la visión gramsciana tenemos que tener en cuenta su noción de "crisis orgánica". Se puede decir simplemente que hay una crisis orgánica cuando existe una crisis de hegemonía de la clase dominante, o sea cuando existe un conflicto entre "representados y representantes". Esta crisis puede ocurrir:

o porque la clase dirigente ha fallado en alguna empresa política para la cual ha requerido o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque grandes masas (especialmente de campesinos y pequeños burgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y presentan reivindicaciones que en su conjunto inorgánico constituyen una revolución (4).

Por lo tanto, una crisis de hegemonía implica una "crisis de autoridad", o crisis general del estado. De esta manera la revolución, según Gramsci, está basada no sólo en la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción sino también en la contradicción entre la sociedad civil o área del consenso y la sociedad política o área de coerción.

La crisis alcanza su etapa culminante cuando la clase dirigente es todavía dominante pero ya no hegemónica mientras la clase insurgente ejerce una amplia hegemonía pero no es todavía dominante.

La pregunta fundamental a este punto parece ser: ¿Puede esta crisis ser resuelta, según Gramsci, sin violencia y derramamiento de sangre? ¿Está implícito en la teoría gramsciana de la revolución como guerra de posición la afirmación que el proletariado puede y debe adquirir el poder estatal a través de medios pacíficos? O, más bien, ¿esta teoría implica que la toma del poder a través de la violencia, o sea la guerra de movimiento, es una etapa necesaria e imprescindible aún dentro del proceso general de guerra de posición? Los escritos de Gramsci aparecen ambiguos en relación a este problema crucial. Por una parte él considera que en los países a capitalismo avanzado se ha llegado:

...a una fase culminante de la situación político-histórica, ya que en la política la "guerra de posición", una vez ganada es *decisiva definitivamente*. O sea en la política subsiste la guerra de movimiento hasta cuando se trata de conquistar posiciones no decisivas y por lo tanto no es posible movilizar todos los recursos de la hegemonía y del Estado, pero cuando por una razón u otra estas posiciones han perdido su valor y sólo las decisivas tienen importancia, entonces se pasa a la guerra de sitio, concentrada, difícil, en la que se requieren calidades especiales de paciencia e inventiva (5).

En este trozo Gramsci asigna un lugar relativamente subordinado a la guerra de movimiento o ataque frontal y parece hasta sugerir que pueden existir circunstancias tales que permitan la completa eliminación de la confrontación directa en la toma del poder estatal. Pero por otra parte Gramsci también escribe:

La estructura macisa de las democracias modernas, sea como organizaciones estatales que como conjunto de asociaciones en la vida civil son para el arte político como las trincheras y las fortificaciones permanentes del frente de la guerra de posición: ellas hacen que el elemento de movimiento, que antes era toda la guerra, se vuelva únicamente un elemento parcial, etc. (6).

En este trozo el ataque frontal es visto como una etapa tácitamente necesaria dentro del proceso pacífico de difusión de la hegemonía proletaria. Estos ejemplos son típicos de una ambigüedad sistemática presente en todo el pensamiento gramsciano en relación al tema del uso de la fuerza y la violencia.

Pensamos que la razón de estas ambigüedades en los escritos de Gramsci en relación a la toma del poder por parte del proletariado por vía pacífica o violenta tienen que ser relacionadas con la afirmación gramsciana que sólo las circunstancias históricas específicas pueden determinar en cada momento específico los medios más apropiados. Según Gramsci, es necesario analizar las circunstancias específicas de cada país para encontrar las estrategias más apropiadas para la revolución en cada caso particular. Podríamos sugerir que lo que Gramsci quiere afirmar en general es que cuando no exista otro medio para la toma del poder en una sociedad capitalista la violencia puede y debe ser justificada.

2. La dictadura del proletariado

En ninguno de sus escritos Gramsci nos da una descripción detallada de la sociedad futura en

cuanto un intento de este tipo sería considerado por él como un puro ejercicio utópico. Pero las ideas de Gramsci acerca de la sociedad futura socialista pueden extraerse de su análisis del proceso largo y complejo a través del cual el proletariado establece su hegemonía antes y después de la toma del poder estatal.

El estado socialista, el nuevo estado de los trabajadores, en cuanto estado, tendrá las características de un estado burgués: hegemonía y coerción. Así como para Gramsci, el estado en la sociedad capitalista, es la dictadura de la burguesía, el estado, en la sociedad socialista, será la dictadura del proletariado. En contra de la tesis anarquista que afirmaba la necesidad de la eliminación del estado inmediatamente después de la revolución, Gramsci considera que la victoria del proletariado no determina una inmediata eliminación de la lucha de clases y por lo tanto, después de la revolución, la división entre gobernantes y gobernados permanece necesariamente (7). La dictadura del proletariado será todavía un estado de clase que deberá resolver los mismos problemas de defensa interna y externa del estado burgués. Según Gramsci, sólo cuando las clases habrán desaparecido *internacionalmente* será posible esperar la abolición del estado. Razonar de otra manera sería "*desastroso*" para la revolución proletaria. Mientras exista la lucha de clases, el establecimiento de la dictadura del proletariado, o sea la perpetuación de un estado de clase, es condición necesaria e indispensable para la consolidación y defensa de la revolución proletaria.

Es necesario a este punto recordar que, para Gramsci, el estado es concebido como un equilibrio entre la sociedad política y la sociedad civil, o sea entre el aparato coercitivo que permite controlar las masas en función de una determinada forma de producción y de economía y la hegemonía que una clase social ejerce sobre la entera sociedad a través de organizaciones privadas, como la Iglesia, el sistema escolar, etc. A través de esta concepción del estado, que Gramsci llama "concepto amplio" del estado, él va más allá de la noción marxista ortodoxa del estado como mero instrumento de dominación de una clase y afirma que el aspecto ético-educativo del estado es una de sus funciones fundamentales.

Todo Estado es ético en cuanto una de sus funciones más importantes es la de elevar la gran masa de la población a un determinado nivel cultural y moral, nivel (o tipo)

que corresponde a las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas y por lo tanto a los intereses de las clases dominantes (8).

Para Gramsci, por lo tanto, cada estado tiene como meta crear un determinado tipo de civilización y de ciudadano. Para realizar esta tarea el estado utiliza "la escuela como función educativa positiva" y las leyes y tribunales como "función educativa represiva y negativa", además utiliza el conjunto de las instituciones privadas de la sociedad civil que constituyen "el aparato de la hegemonía política y cultural de la clase dominante" y cuyo fin es establecer el consenso de los gobernados hacia los gobernantes. Las instituciones privadas de la sociedad civil son los partidos, la Iglesia, la familia, los medios de comunicación, las asociaciones culturales, etc. Estas instituciones son vistas por Gramsci como parte del estado ya que son las vías a través de las cuales la clase dominante propaga su visión del mundo y obtiene el consenso necesario para gobernar.

No obstante, es necesario enfatizar que cuando Gramsci habla del estado como educador se refiere esencialmente al estado burgués. En efecto es con el surgimiento de la clase burguesa que el estado se convierte en educador en cuanto

La clase burguesa se pone a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico (9).

Pero, aclara Gramsci, la clase burguesa no puede realizar una completa asimilación debido a que el sistema capitalista está basado inevitablemente en la existencia de la división de clases, o sea en la existencia y permanencia de una clase subordinada. Dado que la visión del mundo de una clase está determinada por su posición en el mundo de la producción, dicha clase no puede elaborar una visión del mundo que entre en contradicción con sus intereses políticos y económicos. Por lo tanto, la visión burguesa del mundo presenta necesariamente al régimen capitalista como eterno, o sea presenta como eterna y natural la división de clases.

Según Gramsci, la presencia misma del estado revela la existencia en la sociedad civil de conflictos y contradicciones que necesitan ser controlados con medios coercitivos. Por lo tanto sólo la hegemonía universal lleva a la desaparición del estado en su sentido estricto, o sea en el sentido

según el cual el estado es igual a coerción.

...en la realidad sólo el grupo social que tiene como fin la desaparición del Estado y de sí mismo, puede crear un Estado ético o sea un Estado que tienda a eliminar las divisiones internas de los dominados, etc. y a crear un organismo social técnica y moralmente unitario (10).

Podemos, por lo tanto, decir que para Gramsci el verdadero estado ético, en el cual la clase dominante puede presentar sus intereses como los intereses de toda la sociedad, es el estado socialista. Sólo este estado, estando basado en un consenso genuino, puede crear en su desarrollo la posibilidad de su auto-eliminación.

La hegemonía del estado socialista deberá estar basada en el consenso de los gobernados, pero mientras exista el estado como institución se mantendrá el dominio de una clase sobre las demás, en otras palabras subsistirá la división entre gobernantes y gobernados. Esta división no podrá ser eliminada a través del momento único de la revolución. Por el contrario permanecerá a lo largo de un extenso período de transición que permita el desarrollo de las instituciones básicas de la nueva sociedad.

En la teoría gramsciana relativa a los elementos fundamentales para la construcción de la sociedad socialista se encuentra implícita su concepción de la relación dialéctica entre base y superestructura. Para Gramsci, el nuevo estado no tendrá que realizar solamente una revolución en las relaciones sociales de producción, sino también determinar nuevas formas de comportamiento social.

Junto a los cambios en la estructura económica será necesario realizar cambios en el nivel de la superestructura y sólo a través del aparato jurídico y coercitivo del estado será posible la realización de dichos cambios.

En realidad el Estado debe ser concebido como "educador" en cuanto tiende precisamente a crear un tipo o nivel nuevo de civilización. Aunque se opere esencialmente sobre fuerzas económicas, se reorganice y se desarrolle el aparato de producción económica, se renueve la estructura, no debe considerarse que los hechos de la superestructura puedan ser abandonados a sí mismos, a su desarrollo espontáneo, a una germinación casual y esporádica (11).

Suponer que la superestructura cambiará espontáneamente en cuanto la base económica ha sido cambiada es tratar la relación entre base y superestructura como una relación mecanicista y deter-

minista y Gramsci critica precisamente esta posición a través de toda su obra. En contra de este tipo de argumento él insiste en la necesidad de una reforma intelectual y moral y de un nuevo tipo de relación entre gobernantes y gobernados como base para la sociedad socialista. Gramsci afirma que aunque en el estado proletario seguirán estando presentes los dos elementos fundamentales del estado burgués, coerción y consenso, el estado socialista será esencialmente diferente del estado burgués. Los elementos fundamentales de esta diferencia son el nuevo concepto de democracia y la presencia en el estado socialista de las premisas para su propia extinción.

Gramsci nunca minimiza la necesidad para toda clase dominante y por lo tanto también para el proletariado, futura clase dominante, de destruir social y políticamente a sus enemigos. Pero, como Gramsci demuestra a través de su teoría de la hegemonía, la fuerza de por sí sola no es suficiente: una clase dominante mientras ejerce la dictadura sobre sus enemigos tiene al mismo tiempo que ser capaz de obtener el consenso de otros grupos sociales que estén en posición de volverse sus aliados.

El estado proletario ejercerá, por lo tanto, su hegemonía en relación a los "grupos afines y aliados". En otras palabras, la dictadura, el aspecto coercitivo del estado proletario será usado en contra de aquellas fuerzas que son en esencia hostiles a la revolución proletaria. La teoría gramsciana del estado como "hegemonía + coerción", derivada de su análisis de la sociedad de clases, permanece válida y efectiva mientras existan las condiciones que dan origen a la lucha de clases. El estado proletario debe hasta cierto punto utilizar los mismos medios utilizados por el estado burgués aunque al servicio de un fin esencialmente diferente.

La tarea fundamental de la dictadura del proletariado para la realización de su meta última es la educación de las masas. La hegemonía, la autoridad que descansa en el consenso, requiere una reforma intelectual y moral que capacite al pueblo para el auto-gobierno y para la verdadera democracia, que es lo que Gramsci entiende al hablar de sociedad regulada o comunismo.

Una vez aclarada la posición gramsciana es necesario analizar sus opiniones en relación al proceso a través del cual se realizará la reforma intelectual y moral bajo la dictadura del proletariado y en relación a las instituciones que permitirán el desenvolvimiento de este proceso y por lo tanto la extinción

del estado. En otras palabras es necesario analizar la concepción gramsciana de la educación política y de la expansión universal de la hegemonía proletaria.

Gramsci critica las deformaciones positivistas del marxismo para recuperar lo que, según él, es el verdadero significado del marxismo. A la visión positivista del marxismo Gramsci opone un marxismo historicista y humanista. La filosofía de la praxis es, para Gramsci, una concepción histórica de la realidad social, que afirma la supremacía de la voluntad y acción humanas sobre el automatismo de las leyes sociales y económicas predicado por la Segunda Internacional. Gramsci considera que la creencia en la existencia de fuerzas abstractas motores de la historia puede únicamente llevar a la pasividad política de las masas. Su teoría revolucionaria tiene como fin transformar la pasividad en actividad conscientemente crítica. En este sentido la filosofía de la praxis es para Gramsci el instrumento ideológico para organizar intelectualmente la experiencia de las masas, para transformar su conciencia y para darles la posibilidad de elaborar una nueva visión del mundo opuesta a la burguesa.

Debido a que el proceso a través del cual el proletariado establece su dominio es un proceso que se inicia antes de la toma del poder, es necesario analizar el origen y desarrollo de dicho proceso para entender su parte más avanzada, la dictadura del proletariado. Un grupo social, Gramsci afirma, puede ser considerado hegemónico cuando ha logrado crear una sociedad en la cual el estado, en su sentido estricto de aparato coercitivo de gobierno, y la sociedad civil o área del consenso, están integrados en un bloque histórico. Pero, Gramsci hace notar, esta integración, en un estado de clase, se realiza en contra de una clase subordinada la cual será siempre un elemento potencialmente subversivo dentro del bloque histórico. En otras palabras todo grupo social que aspira a una autonomía política constituye un peligro potencial para un determinado bloque histórico porque tiende hacia la creación de un nuevo bloque. De aquí la necesidad del uso de la fuerza para mantener el equilibrio precario de la sociedad. Ahora bien, según Gramsci, las clases dominantes en los países industrializados de Occidente ejercen no sólo la fuerza sino también la hegemonía ideológica. Por lo tanto una "crisis orgánica" dentro del bloque histórico toma no sólo la forma de lucha para el control político sino también para el control ideológico. Dentro de

este tipo de estructura el problema fundamental para una clase subordinada que tiende a formar un nuevo bloque histórico es el problema de cómo realizar su unidad y su conciencia de clase.

El punto fundamental del problema es para Gramsci que un grupo subordinado tiene una conciencia contradictoria creada por la sedimentación de concepciones heterogéneas. Esta conciencia contradictoria es lo que Gramsci llama "sentido común". Dentro de este sentido común existe un elemento positivo o "buen sentido" que constituye una forma embrionaria de conciencia crítica. El buen sentido debe ser reformado y fomentado a través de la educación política. La educación política es, por lo tanto, el proceso a través del cual el buen sentido es elevado a nivel de visión del mundo. De aquí se deriva que para que el marxismo se afirme como la nueva visión del mundo del proletariado es necesario que se fundamente en una crítica del sentido común. Este debe ser superado conservando su elemento positivo. Es necesario tener presente estas aclaraciones para entender la afirmación gramsciana de que la educación política está basada en la espontaneidad de las masas, pero en una espontaneidad dirigida y educada, depurada de contaminaciones externas.

Para Gramsci, el marxismo es la única filosofía que puede elevar el nivel cultural e intelectual de las masas en cuanto, no obstante esté basada en el sentido común, no tiende a dejar "los simples en su filosofía primitiva del sentido común, sino que más bien tiende a elevarlos hacia una concepción más alta de la vida" (12). Los grupos subordinados están generalmente caracterizados por una condición de inmadurez político-cultural ya que al nivel de conciencia del sentido común una clase adquiere solidaridad de intereses entre sus miembros sólo en términos puramente económicos. La superación de este nivel determina el origen de la hegemonía de una clase, o sea de aquella fase histórica en la cual una clase se unifica ideológica y políticamente. Esta fase es la que Gramsci llama momento catártico: "el pasaje decisivo de la estructura económica a la esfera de las superestructuras complejas" (13).

Para Gramsci, este desarrollo de la conciencia política de una clase, sobre todo de una clase en una posición ideológica y políticamente subordinada, no puede nunca ser función del curso natural de la evolución económica, sino más bien el resultado de la elaboración teórica de elementos revolucionarios implícitos en la actividad práctica de

dicha clase. La espontaneidad debe ser dirigida por los intelectuales orgánicos. El movimiento espontáneo de las masas debe ser organizado a través de la educación política fundamentada en la dirección activa de sus intelectuales orgánicos. La educación política es precisamente, para Gramsci, la relación dialéctica entre estos intelectuales y las masas (14). Los trabajadores y los intelectuales son elementos complementarios del mismo proceso de educación política.

El elemento popular "siente", pero no siempre comprende o sabe; el elemento intelectual "sabe", pero no siempre comprende o especialmente "siente" (15).

El intercambio mutuo y la cohesión orgánica entre maestros y alumnos en el proceso de educación política son las bases de la nueva relación que debe existir entre gobernantes y gobernados en el partido y en el estado socialista. Solo así

...existe un intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre grupo de mando y masas y puede realizarse la vida de conjunto que por sí sola es una fuerza social, se crea el "bloque histórico" (16).

En relación a esta visión de la educación política como relación dialéctica entre el elemento popular y el estrato intelectual es que Gramsci desarrolla su concepción del partido revolucionario como intelectual colectivo del proletariado. El partido orgánicamente unido a las masas es el instrumento fundamental de la revolución cultural y moral. El partido político es la fuerza de cohesión de la interrelación entre intelectuales y masa, entre teoría y praxis. El partido revolucionario debe, por lo tanto, ser expansivo porque su meta es la elevación del nivel intelectual de las masas en su totalidad y no el establecimiento de una elite cerrada.

Este proceso de educación política, de actualización de la unidad dialéctica entre intelectuales y masas, de difusión de hegemonía en la totalidad de la sociedad, puede ser llevada a cabo completamente sólo después de la toma de poder y del establecimiento de la dictadura del proletariado.

Solamente después de la creación del Estado, el problema cultural se impone en toda su complejidad y tiende a una solución coherente (17).

El control del aparato de gobierno permitirá que la nueva clase dirigente devenga "realmente autónoma y hegemónica". Pero, entonces, la difu-

sión universal de la hegemonía proletaria podrá ser realizada en su totalidad sólo después de que la toma de poder haya creado la posibilidad de la eliminación del uso de la fuerza. El estado socialista deberá existir únicamente para permitir el desarrollo del área hegemónica hasta que el elemento coercitivo se vuelva innecesario. Ya que la reforma intelectual y moral de la población, o sea la transformación de la superestructura, no puede ser dejada al azar de cambios espontáneamente producidos por la esfera económica, el estado socialista debe proveer las condiciones, instituciones y mecanismos para la realización de estos cambios superestructurales. O sea, el estado socialista debe preparar el terreno para el establecimiento de la sociedad regulada, o sea para el auto-gobierno.

Es fundamental para Gramsci no confundir la dictadura del proletariado con la sociedad regulada. Como hemos dicho anteriormente, Gramsci considera que la meta de la eliminación del estado no puede ser realizada a través de un acto inmediato y anárquico de destrucción del estado. Al contrario es necesario un largo proceso que abarque un entero período histórico, en el cual el estado en un primer momento se identifique con el gobierno activo para luego transformarse en simple "estado guardián" (nightwatchman state). El estado guardián permitirá el pleno desarrollo de la sociedad civil y sentará las bases para la subordinación final de la sociedad política respecto a la sociedad civil. Dicho de otra manera, tendrá lugar una extinción gradual de las intervenciones autoritarias y coercitivas del estado y un desarrollo igualmente gradual de la sociedad regulada (18).

Según Gramsci, la subordinación progresiva de la sociedad política con respecto a la sociedad civil, entendida como el área de auto-gobierno de las masas, es la característica fundamental del momento de transición hacia el comunismo. Las diferentes etapas de esta progresiva subordinación corresponden a un incremento progresivo de la hegemonía proletaria. El estado proletario, así como el partido proletario, debe ser expansivo, o sea, debe elevar el nivel intelectual de las masas y establecer una relación de tipo nuevo entre intelectuales y masas, gobernantes y gobernados.

La función hegemónica del estado, su carácter expansivo se fundamenta, según Gramsci, en el "centralismo democrático" como diferente y opuesto al "centralismo burocrático". Un estado

en el centralismo democrático tiene como fin desarrollar intelectual y moralmente las masas y evitar la fijación de un grupo de gobierno.

Un estado basado en el centralismo democrático es, para Gramsci, un estado en el cual existe una relación orgánica entre los líderes y las masas que permite la preparación intelectual de dichas masas para las tareas gubernamentales.

Para entender lo que Gramsci considera centralismo democrático dentro del estado socialista es necesario tomar en cuenta su análisis de la organización del partido revolucionario. La noción de democracia proletaria como consenso activo y participación crítica de las masas está ya presente en la teoría gramsciana de la organización democrática interna del partido.

Gramsci no nos ofrece un modelo para el nuevo estado, en cuanto insiste siempre en afirmar que las organizaciones tienen que ser relacionadas a realidades históricas concretas. Pero aunque en su discusión acerca del partido Gramsci nos suministre sólo principios generales para la política del partido estos principios pueden y deben al mismo tiempo ser aplicados para el proceso político del estado.

Los principios del centralismo democrático son aclarados por Gramsci en contraste con los del centralismo burocrático. En un estado basado en el centralismo burocrático los gobernados aceptan el poder central y no pueden cambiar su personal o interferir en la política del estado. Esto no sucede necesariamente porque los gobernados son dominados a través de la fuerza sino más bien porque ellos consideran a los gobernantes como los únicos "depositarios de la verdad" (que lógicamente es lo que los gobernantes piensan de sí mismos). Al contrario en un estado basado en el centralismo democrático el consenso es activo y directo. La garantía fundamental de la democracia en el estado así como en el partido es, para Gramsci, la más amplia participación de las masas en el gobierno. Por lo tanto una democracia real puede ser alcanzada únicamente a través del establecimiento de las condiciones necesarias para la participación popular activa y para la abolición de la división entre gobernantes y gobernados.

Aunque Gramsci no especifique la naturaleza de la hegemonía burguesa en el sistema capitalista sus escritos indican claramente que la hegemonía de un estado burgués es siempre necesariamente limitada debido a la presencia inevitable del aparato coercitivo de control de la fuerza disgrega-

dora representada por los grupos subordinados. De aquí que en el estado burgués la división entre gobernantes y gobernados no puede ser eliminada. Por lo cual un estado burgués no puede ser nunca por su misma naturaleza un estado genuinamente expansivo. La abertura del grupo de mando tendrá necesariamente un punto límite de "saturación" como consecuencia de la existencia inevitable de grupos subordinados. Esta afirmación conlleva un problema central para las mismas concepciones gramscianas. A saber ¿cuáles serán las condiciones que permitirán que el estado proletario, todavía estado de clase, basado en la división entre gobernantes y gobernados, evite transformarse en otra versión de centralismo burocrático?. Este problema es extremadamente serio sobre todo debido a que Gramsci no especifica claramente en sus escritos cuáles deberían ser los medios a través de los cuales el estado socialista puede establecer la hegemonía universal que es la sola que permite la instauración de la sociedad regulada y por lo tanto la abolición de la división entre gobernantes y gobernados.

Nosotros vamos a tratar de elaborar un argumento basándonos en las sugerencias gramscianas acerca de la organización del partido. La lógica del pensamiento gramsciano parece sugerir que en el estado socialista deberá haber disciplina ya que "la disciplina es un elemento necesario de orden democrático, de libertad" (19). Esta disciplina no podrá ser "aceptación pasiva y supina de órdenes" sino deberá descansar sobre "una comprensión consciente y clara de los fines a realizar". A través de la educación política la disciplina debe transformarse en disciplina consciente aceptada voluntariamente. Esto es posible, según Gramsci, sólo cuando la autoridad de la que la disciplina depende está fundamentada en una "función técnica especializada". O sea, cuando la división entre gobernantes y gobernados no es una función de la división de clases sino más bien una diferencia de capacidades técnicas. Sólo en este sentido la disciplina es un elemento necesario de la democracia. Gramsci opera aquí con dos definiciones de democracia. Una definición presupone la división entre gobernantes y gobernados, pero sobre la base de una amplia movilidad social en la función del grupo de mando.

En un sistema hegemónico, existe democracia entre el grupo dirigente y los grupos dirigidos, en la medida en que (el desarrollo de la economía y por lo tanto) la legis-

lación (que expresa este desarrollo) favorece el pase (molecular) de los grupos dirigidos hacia el grupo dirigente (20).

Es posible pensar que este tipo de democracia pueda existir en cualquier sistema hegemónico. Pero Gramsci nos presenta además una segunda definición de democracia que para él refleja la verdadera forma de democracia y que pueda realizarse sólo con la eliminación de la división entre gobernantes y gobernados y con el establecimiento de la sociedad regulada. Las condiciones previas de esta verdadera democracia tienen que ser establecidas durante el ejercicio de la primera democracia que presupone la división entre gobernantes y gobernados en el estado socialista. La verdadera democracia es así la universalización de la hegemonía proletaria y la abolición del estado.

Dicho esto queda sin resolver el problema de cuales deben ser los mecanismos específicos y las instituciones adecuadas para realizar este proceso. Gramsci simplemente no clarifica como —a través de que base institucional— el centralismo democrático, el consenso activo y la participación del pueblo, debe manifestarse.

De todos modos queda claro que Gramsci no acepta como adecuados los mecanismos parlamentarios en los cuales el consenso popular termina en el momento del voto. Gramsci sostiene la posibilidad de una solución diferente: un nuevo tipo de sistema representativo que elimina las fallas de los dos sistemas el parlamentario y el burocrático. En este nuevo sistema representativo:

...el consenso no termina en el momento de votar... El consenso es supuesto como permanentemente activo, hasta el punto que los que consienten pueden ser considerados como "funcionarios" del Estado y las elecciones un modo de enrolamiento voluntario de funcionarios estatales de un cierto tipo, que en un cierto sentido puede relacionarse (aunque en planos diferentes) con el autogobierno (21).

Este trozo, así como la totalidad de la teoría gramsciana del centralismo democrático, sugiere que discusiones y debates son los únicos medios para crear un consenso activo y crítico.

Pero discusiones y debates necesitan de la existencia de organizaciones políticas autónomas, que en relación dialéctica con el estado lleven al descubierto los posibles desacuerdos con el fin de resolverlos a través del intercambio democrático de opiniones. Y, en efecto, cuando Gramsci habla de

un nuevo tipo de sistema representativo está evidentemente pensando en el sistema de consejos de fábrica. Pero, en los *Cuadernos de la cárcel*, el papel del partido como instrumento para realizar la reforma intelectual y moral de las masas es visto siempre como un papel absoluto.

Gramsci nunca toma en consideración explícitamente la posibilidad de otras organizaciones políticas, ni especifica la relación del partido con estas otras organizaciones. Más aún, él nunca nos da una idea precisa de la naturaleza de la relación entre el partido y el estado después de la revolución. De todas maneras, parece evidente, que la noción gramsciana de verdadera democracia como democracia desde la base y su hostilidad hacia el régimen fascista por su control totalitario desde la cima hablan en contra de una identificación restrictiva entre el partido y el estado o gobierno. En efecto una identificación de este tipo, la ausencia de organizaciones alternativas e intermedias pondrían en peligro la posibilidad de discusiones y debates, de la participación democrática necesaria para la construcción de una hegemonía universal. El problema por lo tanto se presenta como sigue: a consecuencia de la derrota del movimiento de los concejos de fábrica y de la victoria del Fascismo, Gramsci incorpora los principios de los concejos en la organización tripartita del partido. Pero, en realidad, cabe preguntarse si, en esta incorporación, la meta gramsciana de una futura sociedad democrática, basada en la difusión de la hegemonía proletaria, no es negada por el papel absoluto del partido.

En los *Cuadernos de la cárcel* Gramsci está todavía defendiendo en principio la idea del control obrero. Esta es la razón por la cual Gramsci afirma la necesidad para el estado socialista de fundarse en instituciones diferentes de las de la tradición liberal, pero no especifica cuáles deberían ser estas nuevas instituciones. Esta es una área descuidada por Gramsci y esta negligencia constituye un límite a la totalidad de su obra. Esta limitación es la que posibilita las críticas de R. Mondolfo. Mondolfo considera que el pensamiento político de Gramsci provee las bases para un partido totalitario y un estado totalitario.

Mondolfo sostiene que la división entre gobernantes y gobernados, entre intelectuales orgánicos y masa no será sólo un período de transición del estado socialista, como Gramsci cree, sino que se transformará en su condición permanente. Mondolfo admite que el papel del partido como inte-

lectual colectivo del proletariado, puede ser considerado justo y necesario al comienzo del proceso de revolución proletaria dentro de la sociedad burguesa. Reconoce que las masas, subordinadas a la ética y a la ideología de la sociedad capitalista, no pueden alcanzar espontáneamente conciencia de su función histórica y de sus intereses. Es necesario crear un grupo consciente que organice y eduque al pueblo para cambiar su mentalidad de subordinada a protagonista y dominante.

La tarea de realizar este proceso para la revolución proletaria es asignado por Gramsci al partido comunista... y esta concepción suya puede ser perfectamente comprensible para la fase de lucha por el derrocamiento de la clase dominante que es una fase más negativa que constructiva (22).

Pero Mondolfo subraya que considerar como condición fundamental para la conquista del poder la creación de la hegemonía proletaria a través del partido revolucionario refuerza la división entre gobernantes y gobernados, intelectuales y masas. En efecto, según él esta división

...es proyectada en la visión de la sociedad futura con la teoría del *moderno Príncipe*, que supone una distinción permanente entre dirigentes y dirigidos, entre aparato y masas, entre *intelectuales orgánicos* por una parte, encargados de ejercer la acción educativa y conservar el consenso "espontáneo" del pueblo, la legalidad y la disciplina y el pueblo mismo por otra parte, que acepta la dirección espiritual, consiente y obedece (23).

La división permanente entre gobernantes y gobernados en el estado socialista se vuelve inevitable, según Mondolfo, a causa del papel absoluto del partido gramsciano. La interpretación de Mondolfo del partido gramsciano como totalitario está centrada en el siguiente trozo de los *Cuadernos de la cárcel*

El moderno Príncipe, desarrollándose, revoluciona todo el sistema de relaciones intelectuales y morales en cuanto su desarrollo significa precisamente que cada acto es concebido como útil o dañino, como virtuoso o criminal, sólo en cuanto tiene como punto de referencia al moderno Príncipe mismo y sirve para incrementar su poder o para contrarrestarlo. En las conciencias el Príncipe toma el lugar de la divinidad o del imperativo categórico, se vuelve la base de un laicismo moderno y de una completa laicización de toda la vida y de todas las costumbres (24).

Para Mondolfo, este trozo revela una contradicción entre la meta gramsciana de una sociedad completamente democrática basada en la difusión

de la hegemonía proletaria y la acción totalitaria del partido que somete la voluntad colectiva a su organismo centralizador.

Nosotros creemos, al contrario, que aquí Gramsci no está hablando del Príncipe en el sentido del partido en cuanto organismo, sino, como el mismo afirma, en cuanto "símbolo de la voluntad colectiva" (25). El Príncipe en este trozo es el símbolo, como ha señalado G. Tamburrano (26), del conjunto organizado de las luchas proletarias. El Príncipe es la voluntad colectiva en su desarrollo, es la difusión de la hegemonía proletaria en todos los aspectos de la sociedad. Siguiendo la línea de pensamiento de Tamburrano, podemos añadir que en este trozo Gramsci nos está ofreciendo una visión de la sociedad futura en la cual los antagonismos de clases han sido superados y se ha universalizado la hegemonía proletaria.

La clave de la errada interpretación de Mondolfo está en considerar al partido gramsciano como un partido estrictamente leninista. Mondolfo no toma suficientemente en consideración los importantes elementos que la teoría gramsciana del centralismo democrático puede ofrecer para una amplia noción de democracia. Esta teoría no tiene como fin excluir sino más bien presupone la existencia de una pluralidad de organizaciones políticas y sociales. Si la formación de la voluntad colectiva, base de la verdadera democracia, es un proceso de participación democrática que asegura la elevación continua del nivel intelectual de las masas, el partido no puede ser el único vehículo de educación proletaria y no puede ser identificado con el estado. Pero precisamente al no dar Gramsci su apoyo explícito a este punto clave, su teoría política tiene un grave fallo y determina interpretaciones contradictorias. Esta omisión puede llevar a invocar principios de la teoría gramsciana como soportes de una identificación factual entre partido y estado. Una identificación de este tipo rendiría altamente problemática o más aún imposible la participación democrática necesaria para la reforma intelectual y moral. Y sin dicha reforma no puede haber expansión de la hegemonía proletaria, como la historia actual de los estados supuestamente socialistas demuestra, y la meta de la sociedad regulada y de la actualización de la verdadera democracia se vuelve una utopía inalcanzable.

Creemos que Gramsci quiere evitar el establecimiento de cualquier sistema totalitario y de cualquier forma de represión y control político y que

muchos de los elementos fundamentales de su visión política son testigos claros de esta afirmación: su noción de hegemonía como movimiento democrático desde la base y sus ataques a toda forma de control totalitario impuesto desde arriba; su preocupación constante por encontrar una alternativa al centralismo burocrático y su concepción de centralismo democrático, entre otros muchos. No obstante es necesario subrayar que la posibilidad de que la teoría política gramsciana sea interpretada como teoría totalitaria debe ser considerada como señal de alarma, como indicación de que existen problemas y limitaciones en la obra gramsciana. Por una parte Gramsci no especifica los mecanismos y las instituciones que permitirán la participación activa de las masas en el estado socialista y al mismo tiempo centra su análisis en el papel absoluto del partido; además Gramsci sólo describe al estado socialista y a la futura sociedad regulada a través de poco más que frases genéricas.

La perspectiva de Mondolfo puede sobre todo ser entendida dado el ejemplo del totalitarismo soviético. En efecto aún si en Gramsci existen elementos e indicaciones para el pluralismo, su exagerada preocupación por el papel del partido puede llevar a preguntarnos si este tipo de partido podrá en el futuro estado socialista permitir la creación de organizaciones sociales y políticas autónomas. Aún si el partido gramsciano implica una organización interna diplomática y una relación democrática con las masas, su papel absoluto antes de la toma del poder podría determinar un papel igualmente absoluto en el futuro estado socialista y ser así el fundamento de un régimen totalitario como en la URSS.

El problema fundamental parece ser: ¿Podrán a largo plazo las masas transformarse en los verdaderos sujetos de su historia? O, al contrario, ¿permanecerán siempre objetos de aquellos agentes más conscientes que han tenido la tarea de educarlas para el auto-gobierno? La meta de Gramsci es una sociedad democrática en la cual sea posible alcanzar el pleno desarrollo humano. Democracia es, para Gramsci, precisamente el pleno desarrollo humano como participación colectiva en la toma y en la ejecución de decisiones. Pero para que esto se cumpla, los individuos tienen que ser transformados en protagonistas de su historia. ¿Cuáles, entonces, son las garantías de que el proceso de educación política tendrá los resultados que Gramsci predice? Si aceptamos que el pueblo necesita ser educado para ejercer y conservar el

poder y para gobernarse a si mismo según sus propios intereses, no podemos aceptar de igual manera que el partido y el estado tengan que ser los únicos medios para la realización de dicho proceso. Ciertamente este argumento es peligroso y puede fácilmente llevar a un tipo de centralismo burocrático que es lo que precisamente Gramsci quiere evitar. El problema es que Gramsci es demasiado vago y optimista acerca de los resultados de la reforma intelectual y moral y acerca de la relación dialéctica entre intelectuales y masas en el proceso de educación pública.

Gramsci apunta hacia un futuro en el cual, gracias al progresivo desarrollo intelectual y político de las masas, las diferencias entre intelectuales y masas desaparecerán. El proceso del centralismo democrático con su continuo movimiento dinámico desde la base es el medio para evitar la cristalización del grupo dirigente. Pero la falta de especificación de los mecanismos para asegurar este proceso transforma esta visión teleológica en una forma de fe.

No nos parece respuesta adecuada a esta inquietud el afirmar, como hace Gramsci, que en el período de la dictadura del proletariado la división entre líderes y masas es una división basada no en privilegios de clase sino en diferencias de habilidad y preparación técnicas. Aún bajo esta forma la función de grupo dirigente puede transformarse en una función elitesca. El grupo dirigente puede llegar a considerarse, y aún más llegar a ser considerado por las masas, como el mejor preparado para el ejercicio del poder y de tal manera subvertir la visión gramsciana de centralismo democrático. El resultado sería así la instauración de una "nueva clase" en el estado socialista. Gramsci sostiene que los intelectuales orgánicos de la clase trabajadora, que deberán ser el nuevo grupo dirigente, deberán surgir desde la base y ser la elaboración crítica de la actividad intelectual que existe en cada ser humano. Pero este proceso a través del cual cada ser humano será transformado en su intelectual no puede completarse antes de la toma del poder y necesitará un largo período de tiempo aún después de que la dictadura del proletariado quedará establecida. Durante este largo período de tiempo, la clase trabajadora no podrá crear organismos políticos alternativos por lo menos hasta que no haya alcanzado un nivel de conciencia apropiado. Pero entonces ¿cuándo y aún más importante quién juzgará si las masas están intelectual y políticamente preparadas para el auto-go-

bierno?. Si este juicio depende del grupo intelectual la crítica de Mondolfo es correcta y su preocupación legítima. La participación democrática a través de discusiones y debates, fundamento del centralismo democrático, necesita de organizaciones sociales y políticas independientes del partido y del estado, pero al mismo tiempo la creación de dichas organizaciones necesita una politización desarrollada de las masas. Así el alto nivel de conciencia de las masas parece ser la condición y el resultado del centralismo democrático. Entonces la posibilidad de eliminar la división entre líderes y masas parece ser muy improbable porque esta división, puede ser considerada como continuamente necesaria para el desarrollo intelectual de las masas.

La solución podría ser que las funciones del partido se desarrollen paralelamente con las de las organizaciones sociales y políticas autónomas no sólo después de la toma del poder estatal sino también antes, durante el desarrollo de la hegemonía proletaria dentro de la sociedad capitalista. La experiencia particular del fracaso del movimiento de los concejos de fábrica impidió que Gramsci considerara esta posibilidad en los *Cuadernos de la cárcel*.

En Gramsci, como hemos visto, existen elementos valiosos que pueden ser utilizados para construir una teoría para una sociedad socialista democrática. Pero estos elementos no pueden justificar una interpretación apologetica como de la G. Tamburrano que intenta mostrar que la teoría política gramsciana está completamente separada de la tradición leninista y presentara Gramsci como el representante de la nueva vía "democrática" al socialismo. El punto clave para debatir esta afirmación es que, para Gramsci, en las primeras etapas de la dictadura del proletariado, aún cuando la fuerza y el consenso deberán ser igualmente utilizados en el ejercicio del poder, parece claro que la coerción será el elemento más fuerte y esencial para la creación de las bases necesarias para la expansión del área de consenso. Sobre todo la dictadura del proletariado tenderá a liquidar o a someter quizás aún por medio de la fuerza armada los grupos antagónicos. De esta manera Gramsci confirma la necesidad

...(propia de cada Estado y por lo tanto también del Estado obrero) de la onstrucción, o sea del ejército obrero, de los tribunales obreros, de las cárceles en donde encerrar los enemigos declarados e irreductibles de la clase obrera, del pelotón de ejecución para quienes combaten

con las armas a la clase obrera (27).

Gramsci admite la posibilidad de la existencia de grupos hostiles, miembros, por ejemplo, de la pasada burguesía, que no pueden ser asimilados al programa revolucionario. Ellos constituirán una fuerza de ruptura dentro del estado proletario y justificarán el uso de la fuerza. Por lo tanto, democracia, para Gramsci, en el estado socialista es democracia solamente para los grupos afines y aliados. Gramsci considera esta situación inevitable en la medida en que el estado socialista es un estado y tiene por lo tanto que defenderse y destruir a sus enemigos. Pero lógicamente esto abre la posibilidad de que el aparato de coerción sobreviva por lo menos por un largo período de tiempo, especialmente porque en algunos pasajes de la obra gramsciana la abolición del estado parece estar ligada a la desaparición a nivel internacional de los enemigos del estado proletario.

En otras palabras, el aparato coercitivo del estado proletario es necesario para defenderse no sólo contra los enemigos internos sino también contra los externos. Claramente esta afirmación puede ser usada para extender la duración de la dictadura del proletariado por un período de tiempo indeterminado y puede ser una justificación siempre presente para la intervención coercitiva del estado.

Por lo tanto sólo podemos concluir afirmando que existen diversas contradicciones y problemas en Gramsci que quedan sin respuesta. Ellos surgen en parte del carácter fragmentario y asistemático de los escritos de Gramsci. Pero precisamente por esta razón la teoría gramsciana debe ser vista en el horizonte histórico de su época y lugar a cuyos problemas e interrogantes específicos él trata de encontrar respuestas que a veces aparecen como innovaciones y a veces como limitaciones. Nosotros hemos querido exponer y analizar algunas de las contradicciones y problemas encontrados a lo largo de nuestro estudio de la obra gramsciana, contradicciones y problemas que para nosotros quedan sin respuesta válida. Quizás el punto clave puede encontrarse en que el programa gramsciano para la constitución de una sociedad verdaderamente democrática no ha sido aún concretado en la práctica.

NOTAS

(1) A. Gramsci, *Quaderni dal carcere*, ed. crit. del Instituto Gramsci a cura de Valentino Gerratana, Einaudi, Torino, 1975 (en adelante EC) pág. 763-764.

(2) *Ibid.*, pág. 764.

(3) *Ibid.*, pág. 866.

(4) *Ibid.*, pág. 1603.

(5) *Ibid.*, pág. 802 (énfasis nuestro O.C.).

(6) *Ibid.*, pág. 1567.

(7) "La dittatura del proletariado é ancora uno Stato nazionale e uno Stato di classe. I termini della concorrenza e della lotta di classe sono spostati, ma la concorrenza e le classi sussistono. La dittatura del proletariado deve risolvere gli stessi problemi dello Stato Borghese: di difesa esterna e interna.

(Questo sono le condizioni reali obiettive con le quali dobbiamo fare i conti: ragionare e operare come esistesse già l'Internazionale comunista como fosse già superato il periodo della lotta tra Stati socialisti e Stati borghesi, della concorrenza spietata tra le economie nazionali comuniste e quelle capitalistiche, sarebbe un errore disastroso per la rivoluzione proletaria" A. Gramsci. *L'Ordine Nuovo*, Einaudi, Torino, 1972, pág. 380. (énfasis nuestro O.C.).

(8) EC, pág. 1049.

(9) *Ibid.*, pág. 937.

(10) *Ibid.*, pág. 1050.

(11) *Ibid.*, pág. 1570-1571.

(12) *Ibid.*, pág. 1384.

(13) *Ibid.*, pág. 1584.

(14) Cfr. *Ibid.*, pág. 1386.

(15) *Ibid.*, pág. 1505.

(16) *Ibid.*, pág. 1505-1506.

(17) *Ibid.*, pág. 1863.

(18) Cfr. *Ibid.*, pág. 764.

(19) *Ibid.*, pág. 1707.

(20) *Ibid.*, pág. 1050.

(21) *Ibid.*, pág. 1625-1626.

(22) R. Mondolfo, "Le antinomie di Gramsci", en R. Mondolfo, *Umanesimo di Marx*, Einaudi, Torino, 1986, pág. 497.

(23) *Ibid.*,

(24) EC, pág. 1561.

(25) *Ibid.*, pág. 1555.

(26) G. Tamburrano, *Antonio Gramsci*, Sugar Co. Milano, 1077, pág. 319-320.

(27) A. Gramsci, *Socialismo y Fascismo*, Einaudi, Torino, 1972, pág. 409.

BIBLIOGRAFIA

Gramsci, A. *L'Ordine Nuovo*, 1919-1920, Torino, Einaudi, 1954.

Socialismo e Fascismo, 1921-1922, Torino, Einaudi, 1972.

Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce, Roma, Editori Riuniti, 1972.

Passato e Presente, Roma, Editori Riuniti, 1972.

Quaderni dal carcere, Ed. crit. del Instituto Gramsci, a cura de V. Gerratana, Torino, Einaudi, 1975 (4 vols).

Mondolfo, R. *Umanesimo di Marx*, Torino, Einaudi, 1968.

Tamburrano, G. *Antonio Gramsci*, Milano, Sugar Co. 1977.

NOTA: Las obras han sido utilizadas en su versión italiana original. Las traducciones son nuestras.